

TRADICIONES - RUPTURAS. LA TEORÍA CRÍTICA EN LA RECEPCIÓN FEMINISTA

Traditions – Ruptures. Critical Theory in Feminist Reception

GUDRUN AXELI KNAPP*

axeli.knapp@t-online.de

Reflexionar sobre la ubicación y la orientación del propio pensamiento en intercambio con otros es algo obvio en una ciencia que se ha vuelto reflexiva. Pero las ocasiones para hacerlo cambian y, con ello, también las constelaciones de problemas que se toman en consideración. Así, las reflexiones que siguen fueron suscitadas por una experiencia en el contexto del reciente debate teórico feminista, esto es, por la impresión de que en el curso del debate cada vez más internacional (más exactamente: angloamericano y de Europa occidental) sobre el feminismo, surge un inter-discurso en el campo de tensiones entre igualdad, diferencia y deconstrucción que parece extrañamente fluctuante o sin fondo.

Sospecho que una de las razones es que las contribuciones debatidas, la mayoría de las cuales se encuentran en la intersección entre la filosofía y las ciencias sociales, rara vez hacen que sus trasfondos experienciales específicos, sus referentes en las tradiciones académicas y sus contextos políticos resulten suficientemente transparentes. Esto afecta a la comprensibilidad de lo que se dice y dificulta la delimitación temporal y espacial de las pretensiones de validez que se formulan. Una “disputa sobre la diferencia” (1993), por ejemplo, tiene una connotación diferente en los Estados Unidos, a los que se refiere la literatura más relevante, a la que tiene en Italia, en Francia, en Inglaterra o en el espacio de habla alemana. Desde fuera, es difícil determinar qué se percibe como “distinto” si una no quiere limitarse a

* Catedrática emérita del Instituto de Psicología de la Universidad Gottfried Wilhelm Leibniz de Hannover.

El texto de esta contribución se publicó inicialmente en 1995 y se recoge en la recopilación de textos de la autora publicada bajo el título *Im Widerstreit. Feministische Theorie in Bewegung*. Wiesbaden: Springer VS, 2012, 129-164. Le agradecemos la autorización para publicar esta traducción.

recurrir a los estereotipos nacionales o a una selección de experiencias aleatoria de carácter personal.

Hasta ahora, la labor de contextualización –salvo excepciones, que suelen ser de aquellas que traspasan las fronteras culturales– se ha dejado en manos de los respectivos destinatarios en lugar de formar parte del texto como autorreflexión por parte de las autoras. La reflexividad centrada en la situación histórico-social del propio discurso todavía sigue estando poco desarrollada. Los círculos de destinatarios imaginados de las contribuciones al debate parecen estar constituidos por un “público nativo” que se extrapola desde cada contexto. Otra variante de los centrismos sesgados en los que hasta ahora se ha centrado la atención feminista es el centrismo “local” de quienes escriben en un lugar concreto sobre cosas específicas de manera genérica, dando por supuestos espacios de experiencia y horizontes compartidos.

Mi impresión se refiere en particular a los diagnósticos de época y a los debates contemporáneos presentados bajo la ambigua etiqueta de “posmodernismo”, pero también puede extenderse a otros ámbitos.¹ Por poner un ejemplo actual, el discurso sobre el término “raza” en los Estados Unidos se sitúa en un contexto social, histórico y político completamente diferente al alemán. Sin una explicación de los antecedentes específicos, no quedan claros los respectivos énfasis en el uso, la crítica o el rechazo de este término.² Este ejemplo, que podría completarse con otros³,

¹ Con los desplazamientos en las coordenadas políticas de posguerra, parece haber aumentado en general la necesidad de clarificación y autocomprensión, y las ciencias sociales se ven especialmente afectadas por ello. En este contexto, Oskar Negt diagnostica estados sociales de apresuramiento y aceleración, cuya forma temporal es la “acumulación de comienzos abortados” (Negt): “Cuanto más confusos y complejos son los problemas que exigen soluciones, más urgente es un tiempo de reflexión pública, una pausa dilatada, por así decirlo” (Negt/Kluge, 1992: 307). La “pausa dilatada”, que también incluye la contemplación del trasfondo de las experiencias ajenas y la explicación de las propias, requeriría una estructura temporal que contrasta con la escasez de tiempo y la aceleración en la “velocidad de rotación” que se observa con frecuencia en el intercambio científico.

² Mientras que en EE.UU. el término “raza” se utiliza como categoría de análisis económico y sociopolítico, aquí ha sido tabú durante mucho tiempo, y por buenas razones. Sólo en el transcurso del debate sobre el racismo de los últimos años se adoptó como término político-crítico o moral. La recepción feminista del concepto de “raza” está estrechamente vinculada al debate más general sobre la “diferencia” o la disparidad de las mujeres. Las referencias al concepto de “raza” reflejan claramente los diferentes contextos de realidad y los antecedentes de la experiencia. Así, como señala Sedef Gümen (1993) desde su conocimiento de ambas sociedades y ambos discursos, en la discusión feminista de habla alemana dominó una lectura de la “raza” como identidad étnico-cultural. En su opinión, esta acentuación, que –en comparación con los EE.UU.– no presta suficiente atención a las dimensiones socioeconómicas y de clase del concepto de “raza”, (también) revela elementos de continuidad de tradiciones etno-nacionalistas de pensamiento que se mezclan con cuestiones feministas.

ilustra las barreras y los retos de una internacionalización de la crítica feminista, incluido el proyecto de “teorizar el género” (de Lauretis 1987).

Formulado positivamente, en la configuración experiencial de teorías y conceptos, se podrían ver fuentes de inspiración y ampliación de horizontes de problemas, que sin embargo habría que desarrollar de manera más comprometida que como se ha hecho hasta ahora. Dicha “producción de conexiones” (Negt) requiere un esfuerzo adicional, un impulso comunicativo que busque hacer de la consideración de los orígenes del propio pensamiento un componente genuino de los textos presentados a debate.⁴

El trabajo de traducción y la creación de transparencia contextual adquieren mayor importancia cuanto más inciertos se vuelven los contornos de lo que puede

³ Por ejemplo, sobre las especificidades del concepto central feminista de “género” desde el punto de vista de la historia de la cultura y de la lengua (Becker-Schmidt/Knapp, 1995). De Lauretis (1987) ha señalado que la discusión en inglés sobre “sex” y “gender” y sus connotaciones específicas difícilmente puede trasladarse a las lenguas romances. Esto también se aplica a la traducción al alemán. El más que denso “Geschlecht” alemán nunca se refiere léxicamente sólo a la biología. La formación del sustantivo restringida al ámbito lingüístico alemán (con los antecedentes *geslehte* y *gisláhti*) pertenece a la familia del verbo “schlagen” y originalmente significaba “lo que late en la misma dirección” o especie (coincidente); “Geschlecht” también está asociado a un componente genealógico en el sentido de origen; recuerda a las denominaciones de género o especie. Se utilizaba en el sentido de “la totalidad de seres humanos que viven al mismo tiempo”: género humano; la palabra tiene la connotación de sexualidad y deseo; designa el sistema de clasificación binario de la especie humana, el concepto de identidad (género: “hembra” o “macho”); y se refiere a características psicosociales típicas de peculiaridades de los grupos de género en combinaciones como “carácter de género”, “roles de género”, etc. Además, surgen dificultades particulares al traducir términos centrales de la teoría social del alemán al inglés, como señalan regularmente los traductores de textos de Teoría Crítica. Esto también se aplica a términos centrales del debate feminista en lengua alemana: por ejemplo, “Geschlechterverhältnis” suele traducirse como «relaciones de género», que en alemán se corresponde más con la palabra “Geschlechterbeziehungen”; lo mismo ocurre con el término «Vergesellschaftung», que en alemán apunta a contextos objetivados.

⁴ La reconstrucción de estos contextos no puede delegarse únicamente en los respectivos destinatarios, sino que corresponde en primer lugar a quienes desean ser escuchados. La inclusión de tales reflexiones se busca realmente cuando en la discusión feminista se habla de “saberes situados” (Harding). Esto se asocia con un gesto discursivo que, junto con lo que postula performativamente, comunica su propia provisionalidad y carácter limitado e invita a la refutación –en el caso de Harding con el objetivo de una universalidad enriquecida y concretada–. Judith Butler aborda este problema con un énfasis diferente cuando subraya los “fundamentos básicamente contingentes” de las “posiciones de los hablantes” (1993: 31 y ss.) en una crítica del poder contra el fundacionalismo autoritario en la ciencia. En principio estoy de acuerdo con ella, pero considero que el concepto de “contingencia” no es adecuado en este contexto. Parto de la base de que existen procesos sociohistóricos y experiencias compartidas que, al menos, nos pueden sugerir pensar o prestar atención en una determinada dirección. Además, creo que puede haber algo así como una responsabilidad histórica dentro de la cual hay límites a la contingencia y a la “falta de fundamento” (Butler) de lo que hay que decir.

suponerse que es la “experiencia compartida”: La internacionalización del debate feminista es sólo un ejemplo de ello⁵.

Mi tentativa de trazar algunas líneas de la recepción de la Teoría Crítica en los estudios feministas de habla alemana también debe considerarse en este contexto. El desencadenante fue el asombro de que las teorías de la “antigua” Escuela de Frankfurt, a pesar de que sus textos centrales ya están traducidos, apenas parecen desempeñar papel alguno en la discusión de teoría feminista en los Estados Unidos, mientras que el nombre de Habermas se asocia de forma relativamente natural con la “Teoría Crítica”; aunque tampoco se puede hablar de una recepción amplia de la Teoría Crítica en el feminismo de habla alemana, cuando se hace referencia a esta tradición se remite más bien a los textos de Horkheimer y Adorno.

Percibir esta discrepancia aconsejaba examinar más detenidamente el tipo de referencias feministas a la Teoría Crítica y preguntarse por posibles especificidades alemanas en el contexto de la tradición de esta teoría. A continuación, se esbozarán algunas facetas de esta constelación histórico-política de tradiciones y sus rupturas, antes de que en una segunda sección se aborde la crítica feminista y el desarrollo posterior de la Teoría Crítica.

Tanto las referencias feministas a Adorno y Horkheimer, aparentemente contradictorias, como los contornos de las reformulaciones feministas de la Teoría Crítica revelan algo de la situación histórico-política de las feministas en Alemania. Parto de la base de que es precisamente en la tensa relación entre feministas y Teoría Crítica –tensa en el sentido de una simultaneidad de relación y distancia– donde existe un potencial que podría ser productivo para concretar y seguir desarrollando esta tradición de la Escuela de Frankfurt para el análisis de la sociedad. Este desarrollo ulterior también incluiría atravesar las líneas que habitualmente separan la Teoría Crítica de la teoría del discurso y las teorías postestructuralistas desarrolladas en Francia, utilizando el potencial explicativo específico de ambas corrientes para poder llevar a cabo unos análisis más complejos de las relaciones de género (cf. Fraser/Nicholson, 1990).

⁵ “Transparencia” puede ser una palabra demasiado fuerte en caso de sugerir la completa disponibilidad individual de la experiencia, lo que en última instancia no es ni posible ni deseable. Me interesa más bien reforzar el aspecto expansivo y material de la “diferencia”, también en el debate teórico feminista. Esto tiene que ver con un deseo políticamente motivado de comprender, así como con un concepto enfático de experiencia y respeto por la diferencia.

1 CONSTELACIONES DE LA MEMORIA

“En cierta medida, no tenemos más remedio que transferir lo que no se puede transferir”. Adorno dijo esto en 1945 en una conferencia en el Club Judío de Los Ángeles, en la que abordó “Cuestiones dirigidas a la emigración intelectual” y el problema de vincular el propio pensamiento a trasfondos experienciales históricamente específicos. La idea de poder empezar “de cero” era una ficción (Adorno 1986: 358). Para la Teoría Crítica de Adorno y Horkheimer, Auschwitz fue la experiencia histórica que constituyó el núcleo de su crítica de la razón instrumental. Para ellos, Auschwitz no fue un acontecimiento singular de la historia moderna, sino el resultado de la propia dialéctica de la razón ilustrada, de su puesta en práctica en el curso del desarrollo científico y del desarrollo del sistema capitalista industrial y la administración burocrática. Por tanto, su crítica de la lógica de la identidad nunca fue la pura crítica de la razón que a menudo se entiende que es, sino una crítica de la sociedad; un análisis dialéctico de las formas de constitución de lo social y de la socialización interna de los sujetos en el capitalismo tardío⁶.

Para muchos miembros de mi grupo de edad, los nacidos hacia el final de la guerra o poco después de ella, las secuelas del nacionalsocialismo figuran entre las experiencias que han configurado su pensamiento, sus miedos, sus dudas y también lo que aún podría llamarse esperanza en unas condiciones humanas dignas. Ante la actualidad de esta historia, que sigue reapareciendo en constelaciones cambiantes, no existe un “nuevo comienzo”. Este bagaje de experiencias, sin ser explícito en todos los casos, también penetra en los procesos de trabajo académico y en el desarrollo de instrumentos conceptuales para el análisis de la sociedad. Además de las coincidencias biográficas que determinan los movimientos de búsqueda intelectual, existen condiciones político-históricas que sugieren dónde poner el foco de atención. En este sentido, resulta “obvio” confrontarse con una tradi-

⁶ Las distinciones que suelen hacerse en las descripciones de la primera Teoría Crítica entre tres fases de desarrollo, que reflejan tanto los cambios en la situación histórica como enfatizan las diferencias de énfasis en los puntos de vista teórico-filosóficos de Horkheimer y Adorno (la fase del «materialismo interdisciplinar» 1932-1937, el planteamiento de una «Teoría Crítica» entre 1937 y 1940 y la «Crítica de la Razón Instrumental» que definió el periodo de 1940-1945), están ciertamente justificadas (Benhabib, 1992). Sin embargo, parto del hecho de que en la historia de la recepción de esta teoría surgieron constelaciones muy diferentes y cambiantes, que no siguen necesariamente la lógica de estas fases, sino que se refieren a la Teoría Crítica como un corpus global, en el que –como puede verse en particular en las obras de Adorno hasta la *Dialéctica Negativa*– también hay claras líneas de continuidad.

ción teórica que –como pocas– ha reflexionado sobre la ruptura histórica que el nombre de Auschwitz representa como elemento de continuidad.

La presencia del pasado, con la que también brega el pensamiento feminista, tiene diferentes caras. Va desde la “incapacidad para el duelo” (Mitscherlich) –que ha vuelto a salir a la luz en el debate sobre el “punto final” y en la indescriptible disputa sobre la “mentira de Auschwitz”– hasta los actos antisemitas y xenófobos de violencia simbólica y material, pasando por los cambios en el clima social, en los que surgen mezclas explosivas de destructividad y ansiedad, cambios que se interpretan en el amplio contexto de los procesos de racionalización social y han traído a la memoria recuerdos de Weimar. “Weimar” como metáfora del miedo referida a la prehistoria del nacionalsocialismo.

Me gustaría comentar brevemente dos aspectos de esta “actualidad”. En primer lugar, el rápido desarrollo del potencial tecnológico moderno de *ingeniería social* y la mentalidad de la “implementabilidad” [*Machbarkeit*] inseparablemente unida a él, que también podrían ser problemas centrales de la crítica feminista de la ciencia, la tecnología y la sociedad, y en algunos casos lo son. Y, en segundo lugar, la ineludibilidad del recuerdo de Auschwitz en el país de los perpetradores.⁷

La persistente ambivalencia del progreso en el desarrollo de la modernidad se debate intensamente en las discusiones actuales de teoría social, también en relación con los crecientes peligros potenciales en la *sociedad del riesgo* (Beck). Recientemente, Zygmunt Bauman ha vuelto a señalar la conexión entre la racionalización social y la posibilidad del terror sistémico y el exterminio masivo: “Vivimos en una forma de sociedad que hizo posible el Holocausto y que no contiene elementos capaces de evitarlo” (Bauman, 1992: 102). Una ciencia social que no haga de esto el punto de partida de su análisis, concluye, no puede entender la modernidad.

Creo que la teoría feminista tiene algo que aportar a esta comprensión. Desde la perspectiva de un análisis de las relaciones de género, que es una de las figuraciones históricas básicas para tratar la diferencia, y con el trasfondo de la crítica feminista a la normalización histórica y la codificación cultural de la identidad y la masculinidad, así como su función en el contexto de determinadas formas de racionalidad instrumental, pueden revelarse facetas de la historia de la modernización de la sociedad que normalmente permanecen ocultas. En la *Dialéctica de la*

⁷ Cuando hablo aquí del “país de los perpetradores”, no pretendo marginar retrospectivamente a las víctimas del régimen nazi que vivieron en este país. Mi intención es evitar con toda claridad cualquier relativización o paralelismo al estilo de la visita al cementerio de Bitburg de Ronald Reagan y Helmut Kohl.

Ilustración ya se hacen sentir las conexiones entre dominación, racionalización, represión, violencia y androcentrismo (cf. Becker-Schmidt, 1992; Scheich, 1993).

La segunda dimensión de la actualidad del pasado se ha designado con el término “memoria objetiva”, que apunta a las diferentes constelaciones sociopolíticas en las que se crean elementos de continuidad histórica. En su ensayo “Erbschaft aus Vergessenheit – Zukunft aus Erinnerungsarbeit” [Herencia a partir del olvido – futuro a partir el recuerdo], Brigitte Rauschenbach recuerda el fenómeno de que la “relación con la historia de la primera generación se transmite a la siguiente y posteriores generaciones. Desde un punto de vista empírico, la memoria objetiva es una memoria transmitida generacionalmente que, en parte, no se graba en la memoria a partir de lo que se comunica verbalmente, sino en el silencio” (Rauschenbach, 1992: 44)⁸. Se interesa por la cuestión de si el pasado no sigue vivo precisamente en la “historia de los efectos del olvido” (Rauschenbach, 1992: 42).

Si se parte de la base de que la “memoria (...) de Auschwitz se ha convertido en una realidad objetiva” (Meier, 1990: 75), en el sentido de algo de lo que como individuos y como sociedad no podemos “disponer”, para las humanidades y las ciencias sociales eso plantea el problema de dirimir qué teorías son adecuadas para comprender esta forma específica del “exceso” de historia, en su forma mixta de “realidad objetiva”, formas ritualizadas de “conmemoración”, recuerdo y “olvido” al mismo tiempo. Para mí, las formas del pensamiento dialéctico y las teorías de Adorno, Benjamin y Günther Anders se encuentran entre las pocas tradiciones que tienen el potencial de desbloquear en parte estos contextos de experiencia contradictorios y de múltiples capas, y son lo suficientemente sensibles como para no reducir lo que en última instancia es incomprensible al formato comprensible de una “reconciliación con el pasado”. Pensar en constelaciones, cambiar de perspectiva y relacionar diferentes capas de experiencia dentro de un amplio horizonte de teoría social, historia cultural y psicología social psicoanalítica, dejando espacio para una interpretación histórico-filosófica de largo alcance, así como para la atención al individuo y al respeto por lo irreconciliable, son orientaciones y medios indispensables del análisis social y –en nuestro contexto– también del autopoicionamiento como feministas frente a ese ineludible “bloque de experiencia” (Negt).

⁸ La rebelión de 1968 todavía “contiene inequívocamente elementos de una desrealización desplazada generacionalmente” (Rauschenbach, 1992: 44), en la que continúa la historia de identificaciones reprimidas y negadas (cf. también Benjamin, 1993; Meier, 1992).

La descrita “proximidad” a la tradición de la Teoría Crítica tiene una dimensión subterránea más allá del contenido analítico-discursivo de esta teoría, que está inextricablemente entrelazada con la “historia de los efectos del olvido” de la que habla Rauschenbach. También aquí nos encontramos con la forma específicamente germano-judía en que se entrelazan historia y biografía. Pertenece a los “contextos” socio-históricos, objetivos-subjetivos, mencionados al principio.

Un ejemplo que deja entrever algo de esta capa subcutánea de transmisión es una carta de Adorno a Leo Löwenthal de enero de 1949.

Adorno había regresado a Frankfurt desde su exilio en Estados Unidos con cierto temor a volver a dar clases a estudiantes alemanes. Escribe:

“Después de todo, no puedo ocultarte que desde el primer momento en Bretaña me sentí felizmente abrumado por la experiencia europea y que el trabajo con los estudiantes deja atrás en intensidad y relación todo lo que uno espera, incluso todo lo que había antes de 1933. Y la afirmación de que el nivel de los alumnos había bajado, que eran incultos o de orientación pragmática, es pura tontería. Sería mucho más exacto decir que se entregaron al espíritu de forma desprendida y ajena a la política con un fanatismo sin igual. El elemento categóricamente negativo que afecta a todo es que los alemanes (y de hecho toda Europa) ya no son sujetos políticos, ya no se sienten como tales, y que como resultado lo espiritual adquiere un carácter sombrío e irreal. Mi seminario es como una escuela talmúdica; escribí a Los Ángeles que era como si los espíritus de los intelectuales judíos asesinados hubieran entrado en los estudiantes alemanes. Sigilosamente siniestro. Pero por eso mismo, en el verdadero sentido freudiano, también infinitamente acogedor” (Löwenthal, 1993: 400).

Casi 35 años después, Leo Löwenthal lee esta carta, que expresa en toda su ambivalencia una experiencia de pérdida y la búsqueda de un lugar, a los participantes de la “Conferencia Adorno” con la petición de que “la dejen actuar sobre ellos tal como está” (Löwenthal, 1993: 400).

En el marco de la edición de la “Conferencia” con sus diversas contribuciones a la exégesis de Adorno, los “Recuerdos de Theodor W. Adorno” –título de la conferencia de Löwenthal en Fráncfort– parecen un intento de restablecer una continuidad en el ímpetu político del pensamiento crítico más allá de toda filología y de las meticulosas interpretaciones textuales, incluso de reclamarla en cierto sentido⁹,

⁹ Es evidente el tono crítico dirigido a los participantes en el debate que consideran anticuada la “agenda de la Teoría Crítica clásica”. Löwenthal afirma “con cierta esperanza y sin ninguna agresión”

y al mismo tiempo de realizar una labor de traducción que permita el discernimiento y la comprensión. Esta variante de “transparencia contextual” incluye –casi contrarrestando la comprensión habitual de transparencia– una dimensión atmosférica que recorre como un subtexto sin palabras lo que se dice, una invitación a continuar aun conscientes de que es imposible, un momento de instigación contagiosa que tiene relación con la alusión a una dimensión compartida de experiencia histórica y con idiosincrasias transmitidas que relativizan la distancia entre las generaciones.

Se sugiere aquí una constelación de continuidad en la ruptura, una de esas incitaciones subliminales a través del recuerdo, de apremios a continuar, difíciles de determinar con precisión. Supongo que aún hoy la recepción de la “antigua” Teoría Crítica sigue incluyendo el recurso no siempre explícito a este “núcleo temporal” de la experiencia y una cierta forma de relacionarse con él.

Las razones por las que ciertas formas de pensamiento nos atraen y otras nos dejan fríos son demasiado complejas para explorarlas aquí. Sin embargo, en la actual discusión en Alemania sobre lo que constituye o podría constituir la Teoría Crítica, que se refleja en cada vez más tesis doctorales, llama la atención la dimensión político-psicológica antes mencionada, que se manifiesta una y otra vez en las justificaciones racionales de la respectiva relación con la Teoría Crítica.¹⁰ Tanto en los textos de quienes se orientan hacia el giro de teoría de la comunicación de Habermas y el abandono de los motivos centrales de Adorno y Horkheimer, como en los escritos de quienes se oponen a él con vehemencia y a menudo de forma polémica, el estrato retórico del discurso expresa a menudo más que la propia argumentación. Cuando, por ejemplo, se habla con enfática aprobación de la negatividad no pragmática del pensamiento de Adorno y de lo irreconciliable de su crítica social y cuando, del otro lado, se enfatizan como razones para el rechazo el pathos de la negatividad y lo “tenebroso” de un libro como la *Dialéctica de la Ilustración*, resulta patente que también se trata de formas de codificar un debate sobre el significado de la historia de la barbarie nacionalsocialista para entender el presente y, entrelazado con esto, sobre el grado de esperanza o de duda sobre la posibilidad de unas relaciones sociales razonables, que en ambas posiciones poseen una base subjetiva.

vidad, que en las melodías críticas de las excelentes ponencias también he escuchado una temática que debería seguir resonando durante más tiempo del que nuestros críticos están dispuestos a conceder” (Löwenthal, 1983: 401).

¹⁰ Sobre el concepto de idiosincrasia, véase el ensayo de Silvia Bovenschen (1994).

Partiendo de este trasfondo, me gustaría discutir la actualidad de ciertos potenciales críticos de la Escuela de Frankfurt y rastrear qué herramientas analíticas y orientaciones teórico-sociales de la Teoría Crítica han adoptado las académicas feministas en este país, y en qué puntos rompen con esta tradición.

Al hacerlo, me centro en el debate feminista en las *ciencias sociales* que recurre a la Teoría Crítica como teoría social, pero –a diferencia de Horkheimer y Adorno– se centra en las relaciones de género como relaciones de dominación.

2 APROPIACIÓN DE LA CRÍTICA

Algunas autoras justifican la recepción feminista de los textos de Adorno y Horkheimer, que comenzó relativamente tarde en la década de 1980, remitiendo a su relevancia política como medio para analizar tanto el pasado como el presente.

Irmgard Schultz escribe: “El redescubrimiento de la *Dialéctica de la Ilustración* de Horkheimer y Adorno por parte de las feministas de este país tiene que ver –al menos por lo que a mí respecta– (...) con la tardía voluntad de confrontarse con el fascismo alemán como alemanas y feministas 44 años después de la escritura de este libro y 43 años después de que se abrieran los campos” (Kulke/Scheich, 1992: 38).

Y Ursula Beer (1988) observa “que el repentino recurso a la Teoría Crítica coincide con un auge del pensamiento mítico (...) también en el movimiento feminista y con una impugnación general de la ‘razón’, especialmente lamentado en los suplementos culturales”, lo que está directamente relacionado con la situación de crisis de la sociedad (Kulke, 1988: 17).

La reapropiación o nueva apropiación de la Teoría Crítica sólo fue posible tras una fase de examen y procesamiento, en la que también se aclararon los límites de la adopción de sus teoremas para un análisis feminista de la sociedad y una crítica de la modernidad: “Elegir la diferencia de género como instrumento central del análisis social crítico significa”, como escribe Herta Nagl-Docekal, “ir más allá de la Escuela de Frankfurt. Y no se trata de un simple añadido que complete la imagen de la modernidad esbozado por la Escuela de Frankfurt; desde la perspectiva de la categoría analítica del género, los rasgos androcéntricos se hacen visibles en la propia Teoría Crítica” (Nagl-Docekal, 1990: 2).

Sus ideas unilaterales sobre la socialización femenina y el carácter social femenino, así como –especialmente en Horkheimer– la imagen idealizada de la familia,

que cristaliza en el concepto de lo “maternal”, se convirtieron en los puntos de partida centrales de las revisiones feministas de la Teoría Crítica (Becker-Schmidt, 1987; Knapp, 1993; Rumpf, 1989, 1990 y 1993).

Entre los motivos que se retomaron y se retoman principalmente en el debate feminista en este país se encuentran la conexión entre la razón instrumental y la dominación de la naturaleza desarrollada en la *Dialéctica de la Ilustración*, la historia civilizatoria del “yo”, el “carácter idéntico, orientado a fines y masculino del ser humano” (Adorno/Horkheimer, 1971: 47) y la aparición de estereotipos sobre el “otro”, en los que se descarga proyectivamente el odio a la propia represión.

Los estudios sobre la mujer han documentado la historia de las proyecciones sexistas, racistas y antisemitas en numerosas investigaciones, que remiten repetidamente a autores de la Teoría Crítica, y las han insertado en el contexto de la conformación científico-(natural) de los discursos de la diferencia en el desarrollo de la modernidad.

Esto tiene lugar en diferentes disciplinas y contextos de investigación. Sobre todo en los estudios científicos, que, con diferentes énfasis, se mueven a lo largo del espectro entre el análisis del discurso en sentido estricto y la teoría social crítica (cf. Scheich, 1993), pero también en el ámbito de los estudios culturales y literarios. En dichos estudios, las perspectivas de análisis se han diferenciado en una dirección específica en los últimos años. Aquí es donde encontramos la apertura más clara hacia los teoremas postestructuralistas sobre la constitución del significado y sus mecanismos funcionales.

En este campo, hay indicios de lo trascendental que puede ser una combinación de enfoques de teoría del discurso y de los signos, así como de enfoques psicoanalíticos, que pone el foco en la ocupación afectiva de las construcciones lingüístico-discursivas (cf. Stephan/Schilling/Weigel, 1994).

El perfeccionamiento de los instrumentos teóricos y los análisis materiales que se han llevado a cabo entretanto permiten comprender con mayor precisión las distintas configuraciones de la “diferencia” y superar así la *Dialéctica de la Ilustración*, que, en el marco de su amplio arco de filosofía social, presta poca atención a la dimensión histórico-cultural de dichas construcciones y a su inserción sociopolítica.

Sin embargo, sigue habiendo considerables dificultades metodológicas para determinar la relación específica entre las construcciones simbólicas y las representaciones del “otro”, la historia concreta de la dominación de la naturaleza y la histo-

ria social de las relaciones prácticas de exclusión y violencia hacia los demás en tanto que “otros”.

Los análisis del discurso permiten captar las formas de codificación y normalización cultural, incluso hasta las normas jurídicas que diferencian entre lo “propio” y lo “ajeno” con consecuencias de gran alcance. Sin embargo, aún no se comprende suficientemente qué es lo que lleva a las personas a apoyar o iniciar en diferentes circunstancias la segregación violenta de los demás.

La cuestión apunta directamente a la necesidad de analizar empíricamente las configuraciones específicas de la subjetividad objetiva, la objetividad social y los respectivos contextos de interpretación en los que ambas se sitúan. Si, en este contexto, no se reflexiona en absoluto o sólo de forma estereotipada sobre la diferencia de género –también en el sentido de la cuestión de la constitución de la subjetividad de género–, como ocurre hasta un punto casi aterrador en el debate sobre el extremismo de derechas, el racismo y la violencia xenófoba, por ejemplo, entonces esto es sintomático de que se excluye algo que quizá podría estar demasiado cerca, esto es, las propias dificultades para tratar la diferencia.

Mientras que, en lo que respecta a sus análisis filosófico-sociales de la conexión entre razón instrumental, autoconservación y opresión, la *Dialéctica de la Ilustración* ha sido recuperada en el debate feminista de manera relativamente intensa, el recurso a los supuestos de teoría social de la Teoría Crítica en sentido estricto ha permanecido marginal. Veo dos razones principales para ello.

La primera y más evidente es su inadecuado análisis de las relaciones de género como contexto socioestructural.

La segunda barrera para la recepción de la Teoría Crítica la veo en su fuerte énfasis en la preponderancia de las condiciones sociales sobre el comportamiento, que prevalece sobre la dialéctica de individuo y sociedad que se reivindica repetidamente¹¹. En vista del entusiasmo emancipador y de las múltiples actividades del movimiento feminista, especialmente en los años setenta y ochenta, y teniendo en cuenta las contradicciones experimentadas e investigadas de la socialización femenina, al principio apenas había puntos de contacto directos. Quizá de ahí provenga el aspecto poco ortodoxo de las referencias feministas a la Teoría Crítica.

¹¹ Regina Becker-Schmidt subraya algo parecido en una crítica a Adorno: “Creo que Adorno sobrestimó la uniformización social en su visión de la sociedad como una totalidad negativa. Las contradicciones y los potenciales de conflicto, que también provocan resistencia, quedan sin definir en su crítica” (Becker-Schmidt, 1991: 387).

Se retoman ciertas reivindicaciones del programa temprano de Horkheimer de una vinculación interdisciplinar de teoría y realidad empírica (“materialismo interdisciplinar”, cf. Bonß/Honneth, 1982; Kuhn, 1992), así como las reflexiones sobre la crítica de la razón instrumental y los mecanismos funcionales de la lógica de la identidad, que llevan a la Teoría Crítica a un cierto parentesco con los planteamientos postestructuralistas¹².

La forma de crítica de la sociedad de Adorno y Horkheimer está claramente determinada por el miedo a la afirmación y a la armonización de las relaciones sociales. En su construcción de la sociedad como totalidad negativa (“El todo es lo falso”, Adorno), había poco espacio para la determinación categorial y la exploración de las contradicciones y, sobre todo, de los potenciales de emancipación. Esto la hacía poco manejable para la recepción feminista. Al mismo tiempo, sin embargo, sus afirmaciones sobre la irracionalidad y el carácter violento de la economización y la racionalización de la sociedad poseen una fuerza explosiva que la teorización feminista podría retomar y agudizar aún más que hasta ahora. La conferencia de Adorno de 1968 “Capitalismo tardío o sociedad industrial” se lee en algunos pasajes como un diagnóstico anticipado del presente: “La autonomización del sistema frente a todos, incluso frente a quienes mandan, ha llegado a un límite. Se ha convertido en esa fatalidad que encuentra su expresión en la omnipresente ansiedad flotante que, en palabras de Freud, lo inunda todo; lo inunda todo porque ya no es capaz de vincularse a ningún ser vivo, ni a personas ni a clases” (Adorno, 1990: 364).

En otro lugar dice, casi como un comentario prematuro sobre algunos desarrollos actuales del discurso feminista posmoderno: “Si hoy se habla de pluralismo, cabe sospechar que este pluralismo se ha convertido en una ideología bajo la creciente dominación del sistema total. Sería importante romper la supremacía de lo total en lugar de pretender que el pluralismo ya existe” (Adorno, 1990: 586).

Adorno, como la mayoría de las académicas feministas, también consideraba concebible “que la sociedad contemporánea escape a una teoría coherente en sí misma” (Adorno, 1990: 359). Sin embargo, a diferencia del creciente número de quienes han reaccionado a esto abandonando por completo la teoría social, él siguió analizando los fenómenos individuales en su inserción en los contextos socia-

¹² Foucault, que se veía a sí mismo en una “posición de fraternidad” con la Escuela de Frankfurt (Foucault, 1992), también señaló esta afinidad.

les de carácter estructural y esforzándose por comprender la “incomprensibilidad” y la distorsión de la mirada.

Para el análisis social feminista, lo importante no eran tanto las afirmaciones *sustantivas* sobre la sociedad y las relaciones de género que podían tomarse de la Teoría Crítica, sino más bien sus perspectivas epistemológicas y metodológicas:

1. la interrelación de la teoría crítica del sujeto y la teoría social;
2. la indicación de comprender todos los fenómenos sociales a partir de su contexto histórico de constitución;
3. la necesidad de desvelar las condiciones de dominación y los diversos mecanismos de imposición del poder tanto en la sociedad como en las configuraciones de la subjetividad;
4. la pretensión de definir el todo social como un universo estructural contradictorio por razones históricas, y
5. la perspectiva de entender la ciencia como un elemento de la práctica emancipadora y, en este contexto, entender la relación entre teoría y experiencia como una relación de mutua concretización y enriquecimiento (Becker-Schmidt, 1992: 66).

3 GÉNERO Y SOCIEDAD

El punto de partida sistemático de la teorización feminista en *ciencias sociales* fue la cuestión de cómo se integran las relaciones de género en los procesos sociales de reproducción material, reproducción la relativa a la procreación y, en un sentido más amplio, reproducción simbólico-cultural. ¿Cómo se explica que los cambios históricos profundos en la economía, la tecnología, la política y la cultura, tal como las aprehende el concepto de modernización social, hayan contribuido a dinamizar las relaciones entre los sexos, pero que al mismo tiempo sigan apareciendo fenómenos de segregación sistemática y desigualdades, y que las relaciones abiertamente violentas entre los sexos no desaparezcan a pesar de toda la supuesta civilización?

¿Cuál es la interacción entre las estructuras de división de los géneros, el ocultamiento de su conexión y las simbolizaciones culturales de la diferencia de género en la perpetuación de las jerarquías? ¿Cuál es la conexión entre la fuerte y ambivalente ocupación afectiva de la diferencia de género con constelaciones conflictivas específicas en la constitución de la subjetividad, con los procesos de individuación

y socialización típicos de género, la formación de representaciones psíquicas internas del “otro” y la psicodinámica del miedo y el deseo?

Mientras que en el campo psicoanalítico de la teoría feminista se discute ahora muy intensamente sobre las dinámicas conflictivas afectivo-libidinales asociadas a la diferencia de género y, además, se observa un decidido interés por las investigaciones sobre las prácticas cotidianas de diferenciación y la microfísica del poder – en una interpretación que ahora se inspira cada vez más en Foucault, también en este país–, las reflexiones sobre teoría social, en cambio, han perdido importancia en el debate feminista en los últimos años¹³. Al mismo tiempo, me parece que su relevancia está creciendo objetivamente en vista de las interdependencias jerárquicas entre los países del mundo, los cambios en la tectónica de continentes enteros, como Europa, y no en último lugar los procesos de transformación social de gran alcance en el curso de la reunificación alemana, que también afectan a las relaciones de género.

Entre las investigadoras de los países de habla alemana que siguen analizando las relaciones de género desde una perspectiva de teoría social y que también han publicado sus propias obras sobre el tema se encuentran Ursula Beer y Regina Becker-Schmidt, además de autoras que argumentan en el sentido más estricto de la economía política, como Hildegard Heise. Mientras que el análisis desde una perspectiva de teoría social de Ursula Beer (1990) se inspira más en el marxismo estructural de Althusser y Godelier (cf. Wolde, 1994), la obra de Regina Becker-Schmidt sigue la tradición de la Teoría Crítica.

A continuación, se esbozarán las perspectivas y conceptualizaciones de teoría social de la obra de Regina Becker-Schmidt, a las que otras estudiosas se han referido con sus propias especificaciones o modificaciones y en otros campos de investigación (cf. Becker-Schmidt/Knapp, 1995).

Dos cuestiones de teoría social son centrales desde una perspectiva feminista: ¿Cuál es la conexión entre la constitución específica de la sociedad y la forma de las relaciones de género? ¿En qué medida es el género una categoría a partir de la cual se forman estructuras sistemáticas de clasificación social? ¿Cuál es la relación entre el género y otras categorías de desigualdad social como la clase o la etnia?

¹³ Esto ocurrió en cierto paralelismo con la llamada “crisis del marxismo” y la “pérdida del objeto de una disciplina” diagnosticada en este contexto con carácter general para las ciencias sociales (Müller-Doohm, 1991).

En la interpretación de la Teoría Crítica, la sociedad es un entramado históricamente constituido de personas, instituciones y áreas funcionales, un vínculo mediador del individuo y la sociedad, la subjetividad y la objetividad social, permeado por el poder y las relaciones de dominación. De ello se deduce que es imposible comprender la sociedad en su conjunto a partir de la combinación, a modo de puzle, de análisis particulares de la vida social. Pues, como subrayó Adorno (1990: 210), no se trata de un “atlas social”¹⁴ de países y personas. Los individuos y sus acciones no pueden considerarse el sustrato último ni el único punto de partida de los análisis, como tampoco puede ontologizarse el concepto de estructura general o “totalidad social”. La sociedad es una categoría de mediación¹⁵ (Adorno 1990: 549), un concepto de función y relación y no un concepto de sustancia que pueda definirse en términos de una lógica global.

Desde esta perspectiva, característica de la Teoría Crítica, se deduce de modo general que ni los enfoques que la división del trabajo científico llama micrológicos ni los macrológicos son los únicos adecuados para comprender las contradicto-

¹⁴ «Existe un tal atlas social de Hesse, en el que a uno se le muestra con estampitas muy agradables que en una parte del país prospera sobre todo la cría de cerdos y en otra más el cultivo de patatas, y luego hay también ciudades como Frankfurt, que han sido ciudades comerciales desde tiempos inmemoriales, pero que hoy tienen un fuerte sector industrial, (...) sin embargo tal suma de sectores concretos, de regiones y su estructura social no dice nada esencialmente sociológico (...), porque en realidad hay una conexión funcional entre todo esto, porque la sociedad misma no es una mera yuxtaposición de momentos concretos a partir de los cuales se forma por adición, sino que la sociedad es precisamente como totalidad concreta, es decir, que como concepto concreto o universalidad concreta, se documenta en la interdependencia de estas partes individuales, y (...) que dentro de los tipos de socialización preexistentes, dentro de los hechos realmente decisivos para la sociedad actual, esos sectores, que aquí se representan tan pacíficamente uno al lado del otro, tienen un peso completamente diferente, y por lo tanto no pueden ponerse en pie de igualdad en cuanto a su relevancia para la sociedad en su conjunto» (Adorno, 1993: 106).

¹⁵ Sobre el concepto de “mediación” en Adorno, véase la excelente presentación en Reinhard Kager (1988). En ella aclara, a grandes rasgos, que Adorno –frente al positivismo– insiste en que no hay ningún ente que se comunique al sujeto sin un concepto; y a la inversa –frente a la hipostatización del espíritu en Hegel– ningún concepto que no se refiera, aunque sea indirectamente, a lo existente. En términos de estructura, “mediación” significa que un estado de cosas adquiere una determinación autónoma, identidad, sólo a través de la referencia a un elemento no idéntico (Kager, 1988: 46). Con respecto a la relación sujeto-objeto, esto significa que el proceso de mediación tiene dos caras: el sujeto está mediado por el objeto, la preformación conceptual, subjetiva, de los objetos de conocimiento, pero también la mediación del objeto por el sujeto, que se basa en la tesis de Adorno de la “primacía del objeto” (Kager, 1988: 47).

Mientras que el concepto de mediación de Hegel sigue estando relacionado con un “centro” sintetizador, Adorno, a diferencia de Hegel, intenta concebir la mediación sin un “tercero” reconciliador, de desplegar los extremos polarizadores y hacer estallar su naturaleza contradictoria hasta tal punto que resulte concebible una especie de “mediación sin centro” (Daniel, 1983: 44 y ss.).

rias relaciones de intercambio y las complejas constelaciones de relaciones y comportamientos a través de las cuales se reproducen y cambian las sociedades.

Regina Becker-Schmidt ilustra el ámbito heurístico en el que opera la Teoría Crítica mediante la distinción entre “socialización” y “socialización interior”, tomada de Adorno:

“Si por ‘socialización’ se entienden los mecanismos mediante los cuales los sujetos son incorporados a los procesos sociales de intercambio (explotación de la fuerza de trabajo humana, control del consumo, formación de la conciencia, conformación institucional y normativa de las expresiones privadas de vida y de los modos de reproducción), la expresión ‘socialización interior’ apunta a la modelización de las estructuras psíquicas y mentales de la personalidad a escala colectiva (socialización de la estructura pulsional y afectiva, de las formas de pensar y percibir, incluso del inconsciente). La pareja de conceptos ‘socialización’ - ‘socialización interior’ [*Vergesellschaftung*] expresa más que el concepto ‘socialización’ [*Sozialisation*]*. Apunta al poder superior que tiene la sociedad tanto sobre las agencias de socialización como sobre los individuos” (Becker-Schmidt, 1991: 387 y ss.).

Becker-Schmidt también entiende sus reflexiones sobre la determinación de la forma de las relaciones de género (1991) y sobre los problemas de la constitución de la subjetividad típica de género (1993, 1994a, 1994b) desde esta doble perspectiva. Sin embargo, introduce correcciones decisivas en ambas dimensiones. Por el lado de la sociedad, situando en el centro del análisis las contradicciones y no simultaneidad en los procesos de socialización, especialmente en las formas de socialización femenina, e investigándolas también empíricamente; por el lado del sujeto, analizando las constelaciones conflictivas en los procesos de constitución de la subjetividad específicos de género recurriendo al psicoanálisis, examinando los procesos biográficos desde el punto de vista de las formas de discontinuidad y ruptura típicas de género y -con una orientación psicosocial más marcada- investigando las ambivalencias y las tendencias duales en las orientaciones subjetivas y las referencias a una realidad contradictoria. Estas últimas dimensiones en particular fueron ignoradas en la Teoría Crítica debido a su concepción unilateral de la socialización femenina -y aquí, a pesar de todas las diferencias de énfasis en los casos

* En alemán se utilizan dos términos diferentes para la palabra castellana “socialización”: “*Vergesellschaftung*” y “*Sozialisation*”. En el contexto de esta cita, el primero tiene que ver con la constitución social de la realidad social e individual y el segundo con el proceso por el que los individuos se socializan y se convierten en miembros adultos de la sociedad (*Nota del traductor*).

individuales, hay un alto grado de acuerdo que va desde Horkheimer, Fromm y Marcuse hasta Negt y Habermas- a favor de una concepción idealizadora de las “virtudes de contraste” femeninas (Habermas) (en relación a esta crítica, cf. Becker-Schmidt, 1990, 1991a y 1991b; Benjamin, 1990; Hopf, 1990; Fraser, 1994; Knapp, 1993; Rajewsky, 1967; Rumpf, 1989 y 1993).

Dado que la naturaleza formal de las relaciones de género sólo puede entenderse en el contexto más amplio de los procesos sociales generales, la comprensión de las características estructurales fundamentales de la sociedad capitalista es también un requisito previo para analizar las relaciones de género. Aquí es donde entran en juego las conceptualizaciones teórico-sociales de las relaciones de género.

El hecho de que las sociedades industriales capitalistas modernas estén diferenciadas en varias áreas sociales parciales, que en su cooperación basada en la división del trabajo mantienen la totalidad cambiante, es una de las ideas sobre las que existe un amplio acuerdo en sociología, tanto en las corrientes que se inspiran en la teoría de sistemas como en las corrientes weberianas y marxistas. Sin embargo, las opiniones difieren cuando las relaciones entre estos ámbitos –por ejemplo, esfera de la producción, sector de los servicios, Estado, familia y sector educativo– deben analizarse y definirse como relaciones de prioridad y subordinación constituidas históricamente, contradictorias y afectadas por la no simultaneidad. ¿Cómo se han constituido socialmente estas esferas y cuáles han sido los determinantes socioeconómicos y culturales en la historia de este desarrollo? Sobre esta cuestión hay división de opiniones.¹⁶

Desde el punto de vista de la teoría social, Regina Becker-Schmidt se remite inicialmente a Adorno para captar los diferentes principios organizativos a través de los cuales se relacionan entre sí los segmentos de la sociedad. Para él, la estructura

¹⁶ En relación con esta problemática, también quedan claros los límites de la referencia a Foucault, de forma similar a lo que Brigitte Rauschenbach afirmó sobre la comprensión de la “genealogía”. La orientación de Foucault es historicista, mientras que la Teoría Crítica de tradición marxista se centra en las relaciones históricas de constitución, esto es, constelaciones globales socioeconómicas de la sociedad y las “fuerzas y contrafuerzas” (Horkheimer) presentes en ellas. En mi opinión, ambas perspectivas no son mutuamente excluyentes, sino que podrían hacerse productivas recíprocamente. También hay puntos de conexión en el propio Foucault. Aunque entiende el “poder” desde un enfoque de teoría de la acción como una cualidad productiva y relacional y rechaza repetida y explícitamente los conceptos de poder propios de una teoría de la disposición de recursos, sin embargo, incluye supuestos de la teoría de los recursos en muchos puntos de su argumentación. Por ejemplo, cuando habla del “sistema de diferenciaciones” que subyace a la influencia sobre las acciones de los demás y menciona, entre otras cosas, las diferencias económicas en la apropiación de la riqueza y los bienes o las diferencias de posición dentro del proceso de producción, sin integrarlas, no obstante, en el análisis de una formación social concreta (Dreyfus /Rabinow, 1987: 257).

social global se caracteriza por una paradoja. Las esferas sociales más importantes están separadas unas de otras y, sin embargo, relacionadas entre sí; tienen estructuras y lógicas específicas propias que son necesarias para realizar sus respectivas contribuciones al sostenimiento de la sociedad; no obstante, no pueden especializarse “de modo aislado”. Su respectiva “autonomía” es relativa, porque la tendencia hegemónica de la producción capitalista tiende a hacer dependientes todas las demás esferas de las que, sin embargo, depende. La interdependencia de las esferas se basa, pues, en la heteronomía. La conexión entre los sectores sociales no se crea mediante relaciones de intercambio igualitarias entre ellos, sino que se encuentra “bajo el dictado de una hegemonía en la que se alían pretensiones de supremacía económica, nacional, militar y, me gustaría añadir, androcéntrica” (Becker-Schmidt, 1991: 386).

La paradójica determinación de la forma de organización social de las distintas áreas funcionales, esto es, unión y separación, interdependencia e independencia relativa, dependencia mutua y heteronomía, también repercute en las relaciones de género (Becker-Schmidt 1991, 1994; Becker-Schmidt/Knapp 1995).

Así, por poner un ejemplo obvio, la jerarquía entre los grupos de género refleja también algo de la superioridad de la esfera laboral sobre la institución de la familia y las contribuciones que en ella se hacen a la reproducción social. En estas condiciones, el estatus del hombre es dominante tanto en la esfera laboral como en la familiar, entre otras razones, porque y siempre que en ambas esferas su trabajo profesional codetermina las condiciones y las relaciones entre los sexos; en la esfera laboral está plenamente disponible, liberado de los quehaceres reproductivos privados, mientras que en el hogar su estatus está asegurado de facto o al menos normativamente a través de la “posición de sostenedor de la familia”. La elevada participación de la mujer en el mercado laboral y su importancia para el sustento familiar han contribuido poco a cambiar esta autopercepción (errónea) (cf. Krüger/Born, 1993). Por otra parte, la doble socialización de las mujeres como garantes de la reproducción privada y como participantes en la producción mediada por el mercado las coloca en una situación de desventaja estructural frente a los hombres, como se ha demostrado empíricamente de muchas maneras. El estudio fundamental de Ursula Beer (1990) arroja luz sobre el contexto histórico en el que surgió esta estructura de relaciones de género desde el punto de vista de su funcionalidad económica y de los cambios en las formas de dominio patriarcal en la transición del feudalismo a la sociedad capitalista industrial. Con su concepto ampliado de

reproducción social, que en su opinión engloba tanto la reproducción material y reproductiva como las relaciones de propiedad y jurídicas por las que se regulan, ha situado en el centro de su investigación los dos ámbitos fundamentales para asegurar la existencia humana según la concepción materialista.

Estas conexiones también son centrales en la concepción programática de Regina Becker-Schmidt del concepto de “relaciones de género”. Sin embargo, ella lo define más ampliamente en términos de contenido, por un lado –en la tradición de la Teoría Crítica– incluyendo todas las áreas del proceso social, preguntándose por su determinación formal y el contorno de su conexión y localizando las relaciones de género dentro de este conjunto; y, en segundo lugar, haciendo mayor hincapié en el análisis de la dimensión simbólico-cultural de las relaciones de género.

A este respecto, el término “relaciones de género”, como ha precisado Becker-Schmidt (1993), debe distinguirse del de “relaciones entre géneros” en el sentido sociológico habitual. Estas relaciones sociales entre hombres y mujeres pueden ser de carácter personal o impersonal: relaciones amorosas, relaciones de intercambio de servicios, relaciones basadas en la distinción y la exclusión, etc. Las diversas formas de estas relaciones económicas, simbólico-culturales y políticas están sujetas a regulaciones y relaciones de poder específicas. Estas se introducen en las prácticas de los individuos como factores determinantes, pero a su vez pueden ser modificadas –aunque en grados y periodos de tiempo muy diferentes– por los procesos político-culturales y las luchas de poder.

Desde una metaperspectiva, el concepto teórico-social de “relaciones de género” apunta a la totalidad de tales regulaciones institucionalizadas en una estructura social, a través de las cuales los dos grupos de género se relacionan socialmente entre sí. En sentido figurado, las “relaciones de género” no van, por tanto, de dos categorías de género uniformes (por ejemplo, en el sentido de los grupos sustancialmente “generalizados” “mujer”/“hombre”) que conviven y coexisten en una complementariedad basada en la división del trabajo (como sugiere, por ejemplo, la teoría tradicional de los roles); tampoco se trata de dos clases homogéneas de personas que se situarían en estricta subordinación y superioridad entre sí, como sugieren los primeros conceptos del movimiento feminista sobre la dominación patriarcal. Más bien, las relaciones de género son –como sugiere la elección del término– un concepto de función, posición y relación que atraviesa otras catego-

rias de estructuración social como la clase/estrato y la etnia, dándoles un perfil específico, del mismo modo que él mismo está marcado por ellas.

Se trata también de una determinación diferencial respecto del concepto generalizado de *gender*. Hablar de “género” como categoría de estructuración social, algo que ya se ha convertido en algo habitual para distinguirlo más o menos claramente de los conceptos de “rol de género” e “identidad de género” en sentido estricto, no capta todavía lo que pretende el concepto teórico-social de “relaciones de género”, que apunta a la constelación global de regulaciones sociales estabilizadas a través de las cuales los grupos de género se posicionan unos en relación con otros. Si las relaciones de género en una sociedad son jerárquicas, entonces el “género” es un criterio de estratificación en el sentido de marcar desigualdades socioeconómicas; esto puede diferenciarse mediante formas de etnización de la mano de obra y de regulaciones legales estatales de las oportunidades de participación que determinan el acceso a los recursos de poder. La dimensión sexista de la violencia simbólica contra las mujeres puede incorporarse a estas relaciones, como han demostrado numerosos estudios (cf., por ejemplo, Cockburn, 1988 y 1994; Gildemeister/ Wetterer, 1992; Knapp, 1994). Sin embargo, también se manifiesta fuera de las normas institucionalizadas, tanto reforzándolas como rompiéndolas, en forma de violencia abierta y simbólica.

Si nos centramos en la cuestión de la capacidad procradora y la sexualidad en este contexto de teoría social, surge otra constelación. La forma heterosexual de organización de la sexualidad y su vinculación con la reproducción, cuya conexión parece natural, son un producto histórico-cultural, como demuestran los estudios de antropología cultural o las comparaciones históricas (por ejemplo, con el significado de la homosexualidad en relación con la organización de la capacidad reproductiva en la antigua Grecia) (Foucault, 1986; Siems, 1988). La procreación y la sexualidad pueden disociarse en gran medida desde el punto de vista social.¹⁷

Sobre el telón de fondo de una teoría de las relaciones de género en el sentido esbozado anteriormente, tanto la heterosexualidad en cuanto estandarización cultural específica de la orientación de los modos de deseo, como las formas del poder de procreación en cuanto regulación social de las “modalidades de población” (cf. Beer, 1990) mediada al menos ocasionalmente por el intercambio heterosexual tienen implicaciones socioestructurales diferentes.

¹⁷ Esta disociación adquiere actualmente una nueva relevancia en el curso del desarrollo de las nuevas tecnologías genéticas y reproductivas.

La estructura organizativa de la capacidad procreadora, el cuidado de los niños pequeños y la división del trabajo tiene relevancia directa en las sociedades capitalistas modernas en conexión con la cuestión de la estratificación socioeconómica, como han demostrado numerosos análisis de la socialización de las mujeres y de la política social, incluyendo los sistemas de seguridad social. Particularmente, las comparaciones de diferentes concepciones del Estado de bienestar lo han puesto de manifiesto.¹⁸ La estructura de uniformización y normalización social de la sexualidad y las relaciones de parentesco (tabú del incesto, heterosexualidad, forma monógama de matrimonio, etc.), que es igualmente importante en una perspectiva de teoría social sobre las relaciones de género, se sitúa en una “interfaz” diferente en la estructura organizativa de la reproducción social que, por ejemplo, el agregado de división del trabajo y capacidad reproductiva. Sin embargo, esta conexión y su significado para el proceso vital de una sociedad varían según la cultura (Godelier, 1990).

En los debates sobre “diferencias” o líneas divisorias entre mujeres, la “orientación sexual” también se cuenta entre las categorías relevantes. Esto suele estar relacionado con cuestiones relativas a experiencias específicas de discriminación e identidad, pero también apunta a una dimensión sistemática del poder o de las relaciones de dominación. No cabe duda, por ejemplo, que la homosexualidad y la transexualidad, en cuanto deseos y posiciones identitarias marginadas en las relaciones de género, apoyan el poder históricamente establecido de lo normal; se encuentran entre las líneas fronterizas que reciben una mayor atención por parte del Estado, la Iglesia y el mundo académico (Foucault, 1986; Hirschauer, 1993; Lindemann, 1993) y son políticamente más controvertidas en las relaciones de género. Sin embargo, teniendo como trasfondo el esquema anterior, también debería haber quedado claro que tiene sentido diferenciar los niveles estructurales en los que adquieren relevancia en cada caso para poder comprender con mayor precisión el contexto en el que se sitúan en relación con otras constelaciones. La clase, la “raza”/etnicidad y la orientación sexual no se encuentran en el mismo nivel ni proceden de los mismos contextos de constitución. Su interrelación varía en función de si se intenta determinar en el marco de un análisis de los procesos generales de

¹⁸ Si incluimos en las relaciones de género las interdependencias internacionales en su relación con las formas nacionales de socialización, se ponen de manifiesto las características etnocéntricas y racistas de las políticas de población que deben analizarse desde el punto de vista de las relaciones de dominación económica y las dependencias entre los países de los llamados centros y las periferias (cf. Lenz, 1995).

reproducción social y de disparidades sociales, o si se examina desde la perspectiva de las políticas de identidad y representación. La pertenencia de clase y la etnicidad tienen más peso que la “orientación sexual” en el contexto del análisis de las desigualdades sociales; sin embargo, desde el punto de vista de las políticas de identidad, esta relación puede invertirse. Aquí –y esto habría que especificarlo históricamente– la “orientación sexual” puede convertirse en una categoría con más peso en términos de orden y política de identidad que la “clase”, que se caracteriza por otras formas de homogeneización o de distinciones internas.

Desde este telón de fondo, se ilumina de otro modo el debate actual acerca de las líneas divisorias entre las mujeres. En dicho debate, se critica desde hace varios años el supuesto fundamentalista de la “igualdad” de las mujeres como víctimas del dominio patriarcal y se señalan las diferencias entre las mujeres. En *Das Unbehagen der Geschlechter* [El género en disputa] (1991), Judith Butler problematiza la forma en que se realiza esta diferenciación. En el encadenamiento habitual de predicados como el color de la piel, la sexualidad, la etnia y la clase, Butler ve el intento desesperado y en última instancia inútil de las feministas de captar un “sujeto situado”. Ella lee el perplejo “etcétera” al final de tal serie de definiciones como un “signo de agotamiento, así como un signo del propio proceso de etiquetado ilimitado” (Butler, 1991: 210).

No es casualidad que esta discusión se originara en los EE.UU. La política de identidad, los esfuerzos de los grupos oprimidos por afirmarse política y culturalmente, tienen aquí una tradición específica, que se refleja tanto en la organización política como en la formación de teorías. Estoy de acuerdo con Judith Butler cuando señala los aspectos problemáticos de esta política de identidad, en la que las definiciones teóricas y políticas de las “identidades de grupo” como “diferencia” siempre se obtienen a costa de nuevas exclusiones de lo no idéntico, de las que pueden surgir nuevos conflictos y líneas divisorias.

No obstante, hablar de un “proceso de etiquetado ilimitado” puede ser reduccionista si se generaliza de forma inespecífica, como ocurre a veces en la recepción de Butler en Alemania. Una perspectiva de análisis que se refiera exclusivamente –ya sea de forma crítica o afirmativa– a los modos simbólicos de construcción de la “diferencia” (como identidad) corre el riesgo de nivelar las diferencias históricamente constituidas “en la realidad” y, por tanto, de ocultar las propias “diferencias”. Con este telón de fondo, considero una grave deficiencia el hecho de que en el reciente debate feminista sobre el despliegue del “sujeto colectivo mujer”, las

líneas divisorias dentro del género femenino se enmarquen principalmente en términos de identidad y representación social. Esta deficiencia señala desideratas para la formación de teorías y la investigación, que tendrían que centrarse en las distintas condiciones de constitución de esas diferencias, pero también en su imbricación histórica y sus interdependencias estructurales.

He situado la conceptualización teórico-social de las relaciones de género en el centro de mis observaciones sobre la recepción y el desarrollo ulterior de la Teoría Crítica en los estudios sobre la mujer porque de ello se desprenden dos cosas especialmente claras. Por un lado, la necesidad de romper con la Teoría Crítica y su concepto unilateral y androcéntrico de socialización femenina; por otro, se podría (volver a) ganar, no obstante, un concepto no economicista, no funcionalista, históricamente concretizado y complejo de la objetividad social recurriendo a la Teoría Crítica, que amenaza con perderse en la discusión teórica feminista de los años noventa en el curso de la actualizadora “revolución microsociológica” y en el recalentado clima del “postmodernismo”¹⁹; al mismo tiempo, sin embargo, la Teoría Crítica, especialmente la de Adorno, representa un tipo de teoría que está abierta a las cuestiones del discurso, el lenguaje y la teoría del significado. En la recapitulación que sigue a continuación, esta perspectiva de desarrollo de la teoría feminista se remitirá una vez más al punto de partida, a la constelación de la apropiación específica de la Teoría Crítica y el feminismo en Alemania. La perspectiva adoptada aquí es la de una sinopsis que agrupa intenciones dispersas, pero que se centra en un contexto de discusión situado en las ciencias sociales.

4 FUNDAMENTOS CONTINGENTES, PREGUNTAS SITUADAS, TRADICIONES FUERTES

Las particularidades de la constelación de apropiación de la Teoría Crítica y el feminismo pueden perfilarse sobre el trasfondo de un esquema –que aquí sólo puede resumirse– ofrecido por Wolfgang Bonß y Axel Honneth (1982) en la introducción al volumen *Sozialforschung als Kritik* [Investigación social como crítica]. Allí

¹⁹ Recalentado porque yo –al igual que Nancy Fraser (1993: 145 ss.)– parto de la base de que hablar de la muerte del sujeto, la muerte de la historia, la muerte de la metafísica y otras metáforas de despedida por el estilo tienen más que ver con la forma hermética de las teorías, la violencia de las esperanzas e ilusiones y el dogmatismo de los partidos y grupos políticos, de los que uno se sentía obligado a despedirse, que con lo que es real y lo que queda por hacer como tarea para una ciencia crítica que no quiere despedirse del todo del compromiso político.

describen una reactualización de la Teoría Crítica en conexión con la crisis de una interpretación dogmática del marxismo, así como con los cambios en el espectro de la experiencia social, por ejemplo, el debate sobre la ecología y la tecnología.

En el curso de la reapropiación de la obra de Adorno y Horkheimer se heredaron ambas líneas de desarrollo de la Teoría Crítica: tanto la concepción inicial del materialismo interdisciplinar, de convicción progresista, como los diagnósticos de época de la *Dialéctica de la Ilustración* y su prolongación en la *Crítica de la razón instrumental* (Horkheimer, 1967).

Mientras que el atractivo y la “actualidad circunstancial” de esta última se deben sobre todo a su tema clave de una crítica inquebrantable del progreso y del escepticismo respecto a la racionalidad, que la sitúa en una “proximidad inesperada con el posestructuralismo francés” (Bonß/Honneth, 1982: 13) y con su crítica de la modernidad, la primera línea de la Teoría Crítica habría sido continuada por Habermas. Sólo su trabajo estaba “guiado por el objetivo implícito de revitalizar el programa interdisciplinar de la primera fase del Instituto de Frankfurt corrigiendo los fundamentos teóricos e incorporando desarrollos teóricos más recientes en el proceso de investigación” (Bonß/Honneth, 1982: 21).

Además de estas dos corrientes básicas, claramente diferenciadas entre sí, existían –según Bonß y Honneth– distintos contextos de recepción específicos propios de cada disciplina, que revelan que las continuidades más llamativas pueden encontrarse en la discusión filosófica, así como en los debates sobre arte y estética, mientras que en las ciencias sociales y políticas, orientadas empíricamente, habían tenido poca resonancia.

Bonß y Honneth atribuyen el enfoque selectivo y las actualizaciones temáticamente restringidas de esta tradición teórica tanto al estrechamiento disciplinar de la visión como al conocimiento insuficiente de las condiciones relativas al contexto histórico y de la historia de la Teoría Crítica:

“La apropiación de la Teoría Crítica en el proceso de investigación se produjo, por lo general, actualizando sus componentes metateóricos y filosóficos mientras se prescindía de la dimensión empírica y sociológica de la argumentación o, a la inversa, actualizando científicamente sus diagnósticos sociológicos del presente mientras se prescindía de su marco filosófico y de diagnóstico epocal” (Bonß/Honneth 1982: 21).

Estoy de acuerdo con los rasgos principales de este balance referido a los años setenta, pero creo que hoy ha de ser completado y corregido en algunos puntos.

Así, en el contexto de la apropiación feminista de la Teoría Crítica, ha surgido una constelación político-científica en la que las líneas divisorias trazadas por Bonß y Honneth se rompen en varios sentidos o, si se tiene en cuenta el carácter fuertemente programático de esta discusión, al menos pueden romperse:

- Aunque sin duda también hay rasgos propios de las disciplinas cuando se retoman motivos de la Teoría Crítica, la teoría feminista es un proyecto genuinamente interdisciplinar en cuanto a su emplazamiento político-científico y su interés por el conocimiento inspirado políticamente, aunque no se siga el camino emprendido por Habermas de una revisión sistemática y una reconstrucción racional de la Teoría Crítica. En la discusión feminista en ciencias sociales, la conexión entre historia y sociología es particularmente estrecha, y en algunas ramas de la discusión teórica se combina con perspectivas de filosofía y antropología cultural. Las reflexiones metateóricas sobre las condiciones de posibilidad del conocimiento y los análisis materiales de la organización socio-histórica de las relaciones de género están vinculados en lugar de separados en la formación de la teoría feminista.
- El proyecto de la crítica feminista depende de un análisis social referido al presente y orientado empíricamente. La naturaleza contradictoria y compleja de la integración y el posicionamiento social de las mujeres exige un comportamiento poco ortodoxo respecto a las diferentes orientaciones y medios de conocimiento de las ciencias sociales, que no pueden atenerse a los límites entre escuelas. La tensa interrelación entre el movimiento y la teoría feminista da lugar repetidamente a correcciones de rumbo para ambos, por lo que los horizontes de reflexión se han ampliado y concretado, en mi opinión, en los años ochenta y principios de los noventa.
- El peligro de “idealizar” la teoría crítica o de “petrificarla como una entidad de historia de la ciencia”, al que se refieren Bonß y Honneth, es relativamente bajo en el contexto de la recepción feminista. Debido a la marginalidad de las cuestiones feministas en la ciencia –incluso en sus ramas declaradamente críticas– una apropiación sin crítica es, como ya se ha explicado, difícilmente concebible. El hecho de que se trate de una cuestión del centro de interés genuinamente feminista puede verse de forma coherente tanto en las relecturas de la Teoría Crítica en lengua alemana antes mencionadas como en el debate feminista estadounidense sobre la teoría de Habermas, para el que resulta ejemplar el libro de Nancy Fraser (1992).

- La investigación feminista no es un campo de investigación unificado, sino más bien un movimiento académico vagamente unido por un vínculo político y muy heterogéneo en cuanto a disciplinas y orientaciones teóricas. Sospecho que esta simultaneidad de la conciencia de algo en común y al mismo tiempo de ser dispares es la razón principal de una cierta actitud de aceptación hacia las diferencias teóricas. A pesar de algunos debates encarnizados, existe algo más parecido a un pluralismo difuso en los estudios feministas en ciencias sociales que a una discusión teórica comparable a la postura tajante de la izquierda académica de 1968, en la que las demarcaciones científicas estaban muy entrelazadas con el dogmatismo político.

Teniendo en cuenta este telón de fondo, tal vez sea posible analizar detenidamente, por ejemplo, la tensión entre los enfoques basados en la teoría del discurso, el psicoanálisis y la teoría social. La cuestión de la compatibilidad de sus premisas epistemológicas pasa a un segundo plano frente al interés por hacer fructífera la divergencia de perspectivas “con relación al objeto” y en el análisis material.

Considero que esta actitud de un eclecticismo ofensivo, que pretende alcanzar síntesis con conciencia de sus limitaciones y provisionalidad, es un rasgo específico de la teorización feminista. Con este telón de fondo, también aparece bajo una nueva luz una línea de divergencia entre Horkheimer y Adorno que Martin Jay ha subrayado, esto es, la tensión entre el programa de Horkheimer de un materialismo interdisciplinar orientado hacia la totalidad positiva y el proyecto de Adorno – inspirado en Benjamin– de un pensamiento micrológico y constelativo, que sin embargo sigue referido a la “totalidad”. Jay señala que “buena parte de la ambivalencia creativa de la dialéctica negativa de Adorno se debe a las tensiones no reconciliadas entre estos dos impulsos en su obra. Su propia versión de la Teoría Crítica puede entenderse como un ‘campo de fuerzas’ no idéntico entre los polos de Benjamin y Horkheimer” (Jay ,1982: 81). Esta “tensión no reconciliada” en la obra de Adorno también tuvo consecuencias para la idea de interdisciplinariedad.

En el contexto de la discusión sobre una metodología interdisciplinar y la relación entre sociología y psicología, así como en sus comentarios al debate sobre el culturalismo, Adorno criticó las intenciones de vincularlas sistemáticamente, como hicieron Fromm y más tarde Talcott Parsons:

“Para Adorno, la oposición disonante de las disciplinas individuales era genuinamente más crítica que su armonización apaciblemente integradora, y esto era

tanto más cierto a sus ojos cuanto más progresaba la desintegración social y cultural” (Jay, 1992: 77).

En la discusión feminista referida a la Teoría Crítica, esta relación disonante entre las perspectivas disciplinares no se vincula, como en el caso de Adorno, a un diagnóstico del estado de la sociedad en general y de la socialización interna de los sujetos. Sin embargo, desempeña un papel en el contexto de la crítica teórica y empíricamente fundada de determinados intentos de vincular las perspectivas sociológica y psicológica, por ejemplo, en la definición de un “carácter social femenino”. Esto es especialmente cierto en relación con el ensayo de Nancy Chodorow (1985), que es uno de los textos feministas más discutidos de la década de 1980 (cf. Becker-Schmidt, 1993; Knapp, 1993; Othmer-Vetter, 1989; Rumpf, 1989).

Junto a Adorno, el garante de estas críticas es Devereux, quien, desde un punto de vista etnopsicoanalítico, llamó la atención sobre la diversidad de sistemas de referencia dentro de las ciencias humanas y los límites de su interconectividad (Devereux, 1984).

Cuando Jay afirma que el fracaso de los esfuerzos originales del Instituto de Investigación Social podría “paradójicamente interpretarse como la fuente de su fuerza definitiva” (Jay, 1982: 83), esto también puede entenderse como un criterio para la evaluación de los posibles “lados fuertes” de la Teoría Crítica feminista. En este espectro del feminismo, al menos, existe una sensibilidad comparativamente más pronunciada hacia conceptos homogeneizadores que nivelan la mediación contradictoria de subjetividad y objetividad en las relaciones de género. El rechazo de la nivelación también se aplicaría entonces en cierta medida a las teorías feministas postestructuralistas como las de Judith Butler. Aunque existen algunas similitudes con los procedimientos negativos de la Teoría Crítica en cuanto a los movimientos de su pensamiento, la negatividad antiesencialista suele limitarse al plano de la estandarización cultural y a las formas de representación de la diferencia de género como movimiento de diferenciación y desplazamiento e ignora los contextos estructurales socioeconómicos.

Es difícil predecir el futuro desarrollo del contexto de teorización en ciencias sociales que he esbozado; sin embargo, cabe suponer que la confrontación con la Teoría Crítica probablemente se intensificará. Forma parte de la agenda, por ejemplo, una mayor clarificación de la comprensión de la crítica de las ideologías en el horizonte de la crítica feminista del androcentrismo y la cuestión de los pun-

tos de contacto entre la crítica de las ideologías, la teoría de las ideologías y la teoría del discurso.

Si al principio señalé que la estructura de las referencias feministas a la Teoría Crítica parece a primera vista contradictoria, ya debería haber quedado claro de qué constelación de apropiación procede esta estructura. Lleva las huellas de la ambivalente posición política y académica de la crítica feminista entre el escepticismo radical sobre el progreso y la insistencia emancipadora en la abolición de la dominación y la violencia en las relaciones de género y más allá, entre la crítica de la racionalidad y el interés por unas condiciones sociales racionales, entre la crítica del androcentrismo encubierto de la Ilustración y la incapacidad de rechazar este legado; entre la igualdad, la diferencia y la deconstrucción, entre la tradición y la ruptura con la tradición, la teoría y la praxis, la ciencia y la política.

El trasfondo experiencial específicamente alemán, que ya se ha mencionado, se manifiesta indirectamente en la vehemencia de la crítica feminista de la tecnología, la racionalidad y la identidad que ha impregnado la lectura de la *Dialéctica de la Ilustración*. Algo del contenido histórico experiencial de la locura asesina de la “implementabilidad” [*Machbarkeit*] se ha introducido en todos estos conceptos. Pero este trasfondo experiencial también se manifiesta en la comprensión de la historia. Por ejemplo, cuando Jane Flax (1990; Benhabib, 1993) presenta los grandes gestos de despedida, que suelen denominarse de forma muy inespecífica “posmodernos” –muerte del sujeto, muerte de la historia, muerte de la metafísica–, entonces este pathos es difícil de comprender sobre el trasfondo de una larga tradición de crítica situada que va desde Nietzsche a Freud pasando por la Teoría Crítica.²⁰

Sobre todo, la versión radicalizada de la crítica de la historia, que declara ilusoria la conexión entre pasado, presente y futuro, me parece exagerada a la vista de la historia y la actualidad del pasado nacionalsocialista. En ella, el presente se convierte en “posthistoria, en la que la memoria del pasado ya no está vinculada a ninguna visión actual del futuro que oriente la acción, sino que se devora como un bien cultural estéticamente consumible. En una posthistoria así concebida, la memoria histórica ya no puede proporcionar una chispa de orientación cultural que pueda mover la praxis vital para trascender las circunstancias y condiciones dadas.

²⁰ Bonß y Honneth señalan también con razón que en este contexto “envolvente” corren peligro de perderse importantes diferencias entre la crítica relativista postestructuralista de la modernidad y la teoría crítica, que se aferra al ímpetu de la ilustración (1982: 14).

Coloca el velo de las situaciones dinamizadas por el tiempo sobre el rigor mortis de una cultura que se ha quedado sin historia” (Rüsen, 1993: 24).²¹

Considero que la “realidad objetiva” (Meier, 1990) de la memoria de Auschwitz es uno de los umbrales en los que se quiebran estas visiones relativistas de la historia. Dichas visiones tienen una cierta justificación frente a las concepciones unitarias de la historia y las teleologías del progreso; sin embargo, el propio relativismo se ve relativizado por el contexto histórico y político.

Incluso más allá de la implicación individual, existen concentraciones y dispersiones político-culturales de la atención a las que apunta el concepto de “cultura histórica”. Sus rasgos se caracterizan por las luchas de poder en torno a la interpretación y el significado del recuerdo y la memoria social. Tales circunstancias históricas, en las que están implicadas las feministas alemanas como parte de un movimiento político y como ciudadanas de este país, sugieren una responsabilidad histórica en el doble sentido de la palabra de estar obligadas y de responder por sí mismas. Con este trasfondo, la perspectiva puede llegar a ser idiosincrásica. Los desarrollos, también dentro del debate teórico feminista, se perciben y analizan críticamente con referencia a este contexto de experiencia. La llamada “disputa de las historiadoras”, que las feministas de habla alemana llevaron a cabo sobre la “complicidad” (Thürmer-Rohr, 1989) de las mujeres en el nacionalsocialismo, documenta la actualidad de esta historia (Gravenhorst/Tatschmurat, 1990).

Entonces, por poner otro ejemplo, ya no es posible ignorar frases de una teórica feminista como Luce Irigaray, que en 1987 dijo con todo el énfasis de la crítica al patriarcalismo: “¡No debemos (...) permitir que se acuse a nuestras madres de haber sido los pilares del fascismo! ¿Estuvieron en el poder? ¿Tuvieron algo que decir en la elección de un régimen? Se trataba más bien de reconocer que todo orden patriarcal que no deja a las mujeres otra función y otro valor que la maternidad es potencialmente fascista” (Irigaray, 1987: 59).

El impulso feminista de su crítica a la reducción de las mujeres a la “maternidad” se convierte aquí en una exculpación asombrosamente afirmativa de “nuestras madres” y en el ocultamiento de la implicación de las mujeres en la historia del fascismo. El trasfondo teórico de esta suspensión del discernimiento es la concepción de Irigaray de la exclusión y alienación de las mujeres en la cultura (cf.

²¹ “Todas las proclamaciones más recientes del fin de la historia se remiten a una filosofía totalizadora de la historia, de la que en su final se vuelve a disfrutar retrospectivamente, pero a la que se desmiente en su significado todavía efectivo” (Niethammer, 1993: 40).

Knapp, 1994). Es su renuncia a un análisis histórica y sociológicamente específico de la sociedad, las relaciones de género y las condiciones de vida de las mujeres lo que hace posible esta perspectiva. Me molesta e irrita cada vez más que el “pensamiento de la diferencia”, crecientemente popular en el debate feminista, se lo apropien los políticos de derechas que –sin entrar en detalles– aluden a los “filósofos posmodernos”. Como, por ejemplo, en una entrevista entre Armin Mohler, bibliógrafo de la llamada Revolución Conservadora, simpatizante del partido alemán *Die Republikaner* y columnista de *Junge Freiheit* [Libertad Joven], y el fundador de la *Nouvelle Droite*, Alain de Benoist, quien, en una mezcla de gramscismo y jerga de la *différance* con la que se juega deliberadamente, habla del “reconocimiento de la diferencia” como elemento básico de una revolución cultural de derechas (Möhler/Stein, 1993; Benoist, 1982). Para mí, esto plantea la cuestión de si existen formas de teorización que puedan resistir a estas instrumentalizaciones políticas, y cuáles. Por ejemplo, ¿puede la complejidad del enfoque analítico marcar la diferencia? ¿Protege el pensamiento negativo en categorías de crítica de la identidad contra la apropiación fundamentalista o están estas posibilidades siempre abiertas?

A través de la crítica a la Ilustración y sus postulados universalistas, a través de la crítica a las posturas feministas de la diferencia y la igualdad, tras esas lecturas uno se encuentra de nuevo cerca de Adorno, quien, como crítico radical de la lógica de la identidad y defensor de un derecho a la diversidad, nunca dejó lugar a dudas sobre la tradición en la que se concebía a sí mismo. En sentido figurado, el título de su texto “Sobre la tradición” en *Sin imagen directrix* también se hace eco en alguna medida de la posición sociopolítica de aquellas feministas que se remiten a la Escuela de Fráncfort y, al hacerlo, dirigen críticamente hacia ella sus propios medios de pensamiento: “No hay nada tradicional con lo que mejor conectar que con el tren de la Ilustración traicionado y denostado en Alemania, una tradición subterránea de lo antitradicional” (Adorno, 1977: 316).

Traducción del alemán de José A. Zamora

REFERENCIAS

- ADORNO, Theodor W. (1973): *Philosophische Terminologie*, vol. I, Frankfurt/M.: Suhrkamp.
ADORNO, Theodor W. (1970): *Negative Dialektik*, Frankfurt/M.: Suhrkamp.

- ADORNO, Theodor W. (1986): “Fragen an die intellektuelle Emigration”, en *Gesammelte Schriften*, vol. 20.1, Frankfurt/M.: Suhrkamp, 352-359.
- ADORNO, Theodor W. (1990): “Spätkapitalismus oder Industriegesellschaft?”, en *Gesammelte Schriften*, vol. 8, Frankfurt/M.: Suhrkamp, 354-370.
- ADORNO, Theodor W. (1977): “Über Tradition”, en *Gesammelte Schriften*, vol. 10.1, Frankfurt/M.: Suhrkamp, 310-320.
- ADORNO, Theodor W. (1992): “Der Begriff der Philosophie”, en Theodor W. Adorno Archiv (ed.), *Frankfurter Adorno Blätter II*, München: Tex + Kritik, 9-91.
- ADORNO, Theodor W. (1993), *Einleitung in die Soziologie*, Frankfurt/M.: Suhrkamp.
- BAUMAN, Zygmunt (1992): *Dialektik der Ordnung. Die Moderne und der Holocaust*, Hamburg: Europ. Verl.-Anst.
- BECKER-SCHMIDT, Regina (1987): “Frauen und Deklassierung. Geschlecht und Klasse”, en U. Beer (ed.), *Klasse Geschlecht: feministische Gesellschaftsanalyse und Wissenschaftskritik*, Bielefeld: AJZ, 187-235.
- BECKER-SCHMIDT, Regina (1991): “Identitätslogik und Gewalt. Zum Verhältnis von Kritischer Theorie und Feminismus”, en J. Müller-Warden y H. Welzer (eds.), *Fragmente Kritischer Theorie*, Tübingen: diskord, 231-248.
- BECKER-SCHMIDT, Regina (1991a): “Wenn die Frauen erst einmal Frauen sein könnten”, en J. Früchtl y M. Calloni (eds.), *Geist gegen den Zeitgeist. Erinnern an Adorno*, Frankfurt/M.: Suhrkamp, 206-224.
- BECKER-SCHMIDT, Regina (1991b): “Vergesellschaftung und innere Vergesellschaftung. Individuum, Klasse, Geschlecht aus der Perspektive der Kritischen Theorie”, en: W. Zapf (ed.), *Die Modernisierung moderner Gesellschaften*, Verhandlungen des 25. deutschen Soziologentages in Frankfurt/M./Neua York: Campus, 383-395.
- BECKER-SCHMIDT, Regina (1992): “Verdrängung, Rationalisierung, Ideologie. Geschlechterdifferenz und Unbewußtes, Geschlechterverhältnis und Gesellschaft”, en G. A. Knapp y A. Wetterer: *Traditionen Brüche. Entwicklungen feministischer Theorie*, Freiburg: Kore, S. 65-115.
- BECKER-SCHMIDT, Regina (1993): “Ambivalenz und Nachträglichkeit: Perspektiven einer feministischen Biographieforschung”, en: M. Krüger (ed.), *Was heißt hier eigentlich feministisch?* Bremen: Donat, 80-92.
- BECKER-SCHMIDT, Regina (1993a): “Geschlechterdifferenz – Geschlechterverhältnis: soziale Dimensionen des Begriffs ‘Geschlecht’”, en: ifg (ed.), *Zeitschrift für Frauenforschung*, II, 1 y 2, 37- 47.
- BECKER-SCHMIDT, Regina (1993b): “Vom Verfehlen des Anderen im Ähnlichen. Grenzen der Psychoanalyse als Sozialpsychologie”, *Zeitschrift für Politische Psychologie* 3/4, 229- 246.
- BECKER-SCHMIDT, Regina (1994): “Geschlechterverhältnis, Technologieentwicklung und androzentrische Ideologieproduktion”, en N. Beckenbach y W. von Treeck (ed.), *Umbrüche gesellschaftlicher Arbeit*, Soziale Welt, Número especial 9, Göttingen: Schwartz, 527- 538.

- BECKER-SCHMIDT, Regina/DÖLLING, I. (1994a): “Geschlechterverhältnisse und Frauenpolitik”, en O. Negt (ed.), *Die zweite Gesellschaftsreform: 27 Plädoyers*, Göttingen: Steidl, 121-130.
- BECKER-SCHMIDT, Regina (1994b): “Homo-Morphismus. Autopoietische Modelle und sozialwissenschaftliche Rationalisierung”, en B. Aulenbacher y T. Siegel (eds.), *Wege aus der Krise?* Pfaffenweiler: Centaurus Verlag, 99 - 121.
- BECKER-SCHMIDT, Regina/KNAPP, Gudrun-Axeli (ed.) (1995): *Das Geschlechterverhältnis als Gegenstand der Sozialwissenschaften*, Frankfurt/M.: Campus.
- BEER, Ursula (1988): “Das Zwangsjackett des bürgerlichen Selbst – Instrumentelle Vernunft und Triebverzicht”, en Ch. Kulke (ed.), *Rationalität und sinnliche Vernunft*, Pfaffenweiler: Centaurus Verlag, 16-29.
- BEER, Ursula (1990): *Geschlecht, Struktur, Geschichte. Soziale Konstituierung des Geschlechterverhältnisses*, Frankfurt/M./New York: Campus.
- BENHABIB, Seyla (1998a): *Kritik, Norm und Utopie. Die normativen Grundlagen der Kritischen Theorie*, Frankfurt/M.: Fischer.
- BENHABIB, Seyla/BUTLER, Judith/CORNELL, Drucilla/FRASER, Nancy (1993): *Der Streit um Differenz. Feminismus und Postmoderne in der Gegenwart*, Frankfurt/M.: Fischer.
- BENJAMIN, Jessica (1990): *Die Fesseln der Liebe. Psychoanalyse, Feminismus und das Problem der Macht*, Frankfurt/M.: Vittorio Klostermann.
- BENJAMIN, Jessica (1993): “Nachdenken über 1968”, *Neue Rundschau*, 104/2, 111-124.
- BENOIST, Alain (1992): *Die entscheidenden Jahre. Zur Erkennung des Hauptfeindes*, Tübingen: Grabert.
- BONß, Wolfgang/HONNETH, Axel (eds.) (1982): *Sozialforschung als Kritik. Zum sozialwissenschaftlichen Potential der Kritischen Theorie*, Frankfurt/M.: Suhrkamp.
- BOVENSCHEN, Silvia (1994): “‘Über-Empfindlichkeit’. Versuch zur Idiosynkrasie”, *Neue Rundschau*, 105/2, 126- 153.
- BUTLER, Judith (1991): *Das Unbehagen der Geschlechter*, Frankfurt/M.: Suhrkamp.
- BUTLER, Judith (1993), “Körper von Gewicht”, *Neue Rundschau*, 104/4, 57- 70.
- COCKBURN, Cynthia (1988): *Die Herrschaftsmaschine*, Hamburgo/Berlin: Argument.
- COCKBURN, Cynthia (1993): *Blockierte Frauenwege. Wie Männer Gleichheit in Institutionen und Betrieben verweigern*, Hamburgo: Argument.
- CHODOROW, Nancy (1985): *Das Erbe der Mütter*, Munich: Frauenoffensive.
- DEMIROVIC, Alex (1993): “Dialektik ist an der Zeit. Zum 90. Geburtstag von Theodor W. Adorno”, en Institut für Sozialforschung (ed.), *Mitteilungen*, 3, Frankfurt/M.
- DEVEREUX, Georges (1984): *Ethnopschoanalyse. Die komplementäre Methode in den Wissenschaften vom Menschen*, Frankfurt/M.: Suhrkamp.
- FLAX, Jane (1990): *Thinking Fragments. Psychoanalysis, Feminism and Postmodernism in the Contemporary West*, Berkeley: University of California Press.

- FOUCAULT, Michel (1977): *Sexualität und Wahrheit. Der Wille zum Wissen*, Frankfurt/M.: Suhrkamp.
- FOUCAULT, Michel (1986): *Der Gebrauch der Lüste, Sexualität und Wahrheit 2*, Frankfurt/M.: Suhrkamp.
- FOUCAULT, Michel (1986): *Die Sorge um sich. Sexualität und Wahrheit 3*, Frankfurt/M.: Suhrkamp.
- FOUCAULT, Michel (1992): *Was ist Kritik?*, Berlin: Merve.
- FRASER, Nancy/NICHOLSON, Linda (1990): “Social Criticism without Philosophy: An Encounter between Feminism and Postmodernism”, en L. Nicholson (ed.), *Feminism/Postmodernism*. New York/London: Routledge, 19-38.
- FRASER, Nancy (1992): “Was ist kritisch an der Kritischen Theorie? Habermas und die Geschlechterfrage”, en: I. Ostner y K. Lichtblau (eds.), *Feministische Vernunftkritik – Ansätze und Traditionen*. Frankfurt/M./Nueva York: Campus, 99-146.
- FRASER, Nancy (1994): *Widerspenstige Praktiken. Macht, Diskurs, Geschlecht*, Frankfurt/M.: Suhrkamp.
- FRERICHS, Petra/STEINRÜCKE, Margret (ed.) (1993), *Soziale Ungleichheit und Geschlechterverhältnisse*, Opladen: Leske u. Budrich.
- FRIEDEBURG, Ludwig v./HABERMAS, Jürgen (eds.) (1983): *Adorno-Konferenz 1983*, Frankfurt/M.: Suhrkamp.
- GILDEMEISTER, Regine/WETTERER, Angelika (1992): “Wie Geschlechter gemacht werden. Die soziale Konstruktion der Zweigeschlechtlichkeit und ihre Reifizierung in der Frauenforschung”, en G. A. Knapp y A. Wetterer (eds.), *Traditionen Brüche. Entwicklungen feministischer Theorie*, Friburgo: Kore Verlag 1992, 201-254.
- GODELIER, Maurice (1990): *Natur, Arbeit, Geschichte. Zu einer universalgeschichtlichen Theorie der Wirtschaftsformen*, Hamburgo: Junius.
- GÜMEN, Sedef (1993): “Geschlecht und Ethnizität in der bundesdeutschen und US-amerikanischen Frauenforschung”, *Texte zur Kunst*, 4/15, 127- 139.
- HEISE, Hildegard (1989): “Gleichstellung und Ungleichstellung von Frauen und Männern sind (im entwickelten Kapitalismus) Vor- und Rückseite ‘Desselben’”, en U. Müller y H. Schmidt-Waldherr (eds.), *FrauenSozialKunde*, Bielefeld: AJZ, 261-297.
- HIRSCHAUER, Stefan (1993): *Die soziale Konstruktion der Transsexualität*, Frankfurt/M.: Suhrkamp.
- HOPF, Christel (1990), “Autoritarismus und soziale Beziehungen in der Familie”, *Zeitschrift für Pädagogik*, 36/3, 372- 391.
- HORKHEIMER, Max/ADORNO, Theodor W. (1971): *Dialektik der Aufklärung*, Frankfurt/M.: Fischer.
- HORKHEIMER, Max (1967), *Kritik der instrumentellen Vernunft*, Frankfurt/M.: Fischer
- IRIGARAY, Luce (1987): *Zur Geschlechterdifferenz. Interviews und Vorträge*, Wien: Wiener Frauenverlag.

- JAY, Martin (1982), “Positive und negative Totalität. Adornos Alternativentwurf zur interdisziplinären Forschung”, en Bonß, Wolfgang/Honneth, Axel (eds.), *Sozialforschung als Kritik*, Frankfurt/M.: Suhrkamp.
- KAGER, Reinhard (1988): *Herrschaft und Versöhnung. Einführung in das Denken Th. W. Adornos*, Frankfurt/M./Nueva York: Campus.
- KUHN, Annette (1992): “Kritische Theorie und Frauenforschung”, *Neue Gesellschaft/ Frankfurter Hefte*, 39/11, 1008- 1018.
- KULKE, Christine (ed.) (1988): *Rationalität und sinnliche Vernunft. Frauen in der patriarchalen Realität*, Pfaffenweiler: Centaurus Verlag.
- KULKE, Christine/SCHEICH, Elvira (ed.) (1992): *Zwielicht der Vernunft. Die Dialektik der Aufklärung aus der Sicht von Frauen*, Pfaffenweiler: Centaurus Verlag.
- KNAPP, Gudrun-Axeli (1990): “Zur widersprüchlichen Vergesellschaftung von Frauen”, en E. Hoff (ed.), *Die doppelte Sozialisation Erwachsener. Zum Verhältnis von beruflichem und privatem Lebensstrang*, Weinheim/Munich: DJI Verlag, 17-52.
- KNAPP, Gudrun-Axeli (1992): “Macht und Geschlecht. Neuere Entwicklungen in der feministischen Macht- und Herrschaftsdiskussion”, en G. A. Knapp y A. Wetterer (eds.), *Traditionen Brüche. Entwicklungen feministischer Theorie*, Friburgo: Kore, 287-321.
- KNAPP, Gudrun-Axeli (1993): “Der ‘weibliche Sozialcharakter’ – Mythos oder Realität? Soziologische und sozialpsychologische Aspekte des Sozialcharakter-Konstrukts”, en M. Krüger (ed.), *Was heißt hier eigentlich feministisch? Zur theoretischen Diskussion in den Geistes- und Sozialwissenschaften*, Bremen: Donat. 93-120.
- KNAPP, Gudrun-Axeli (1993), “Frauen und Rechtsextremismus: ‘Kampfgefährtin’ oder ‘Heimchen am Herd?’”, en H. Welzer (ed.), *Nationalsozialismus und Moderne*, Tübingen: diskord 208-239.
- KNAPP, Gudrun-Axeli (1994): “Politik der Unterscheidung”, en K. Pühl (ed.) *Geschlechterverhältnisse und Politik*, Frankfurt/M.: Suhrkamp, 262-287.
- KNAPP, Gudrun-Axeli (1995): “Unterschiede machen: Zur Sozialpsychologie der Hierarchisierung im Geschlechterverhältnis”, en R. Becker-Schmidt y G. A. Knapp (eds.), *Geschlechterverhältnis als Gegenstand der Sozialwissenschaften*, Frankfurt/M.: Campus, 163-194.
- KRÜGER, Helga/BORN, Claudia (1993): *Erwerbsverläufe von Ehepartnern und die Modernisierung weiblicher Lebensführung*, Weinheim: Deutscher Studien-Verlag.
- LAURETIS, Teresa de (1987): *Technologies of Gender*, Bloomington: Indiana University Press.
- LINDEMANN, Gesa (1993): *Das Paradoxe Geschlecht. Transsexualität im Spannungsfeld von Körper, Leib und Gefühl*, Frankfurt/M.: Fischer.
- LÖWENTHAL, Leo (1983): “Erinnerungen an Theodor W. Adorno”, en v. L. von Friedeburg y J. Habermas (eds.), *Adorno-Konferenz 1983*, Frankfurt/M.: Suhrkamp, 388-401.
- MEIER, Christian (1990): *Vierzig Jahre nach Auschwitz. Deutsche Geschichtserinnerung heute*, München: C.H. Beck.

- MÖHLER, Armin/STEIN, Dieter (1993): “Im Gespräch mit Alain de Benoist”, *Junge Freiheit*, Interview-Reihe, 3, Friburgo.
- MÜLLER-DOOHRM, Stefan (ed.) (1991): *Jenseits der Utopie*, Frankfurt/M.: Suhrkamp.
- NAGL-DOCEKAL, Helga (ed.) (1990): *Feministische Philosophie*, Munich/Viena: R. Oldenbourg.
- NEGT, Oskar/KLUGE, Alexander (1992): *Maßverhältnisse des Politischen. 15 Vorschläge zum Unterscheidungsvermögen*, Frankfurt/M.: Fischer.
- NIETHAMMER, Lutz (1993): “Die postmoderne Herausforderung. Geschichte als Gedächtnis im Zeitalter der Wissenschaft”, en W. Küttler, J. Rösen y E. Schulin, (eds.), *Geschichtsdiskurs*, vol. 1, Frankfurt/M.: Fischer, 31-49.
- OTHMER-VETTER, Regine (1989): “‘Muttern’ und das Erbe der Väter. Eine neuere Affäre zwischen Feminismus und Psychoanalyse?”, en *Feministische Studien, Zwischen Tugend und Affären*, 1, 99- 106.
- RAJEWSKY, Xenia (1967): “Die zweite Natur – Feminismus als weibliche Negation?”, en D. Claussen (ed.), *Spuren der Befreiung – Herbert Marcuse*, Darmstadt/Neuwied: Luchterhand, 250-260.
- RAUSCHENBACH, Brigitte (1992), “Erbschaft aus Vergessenheit – Zukunft aus Erinnerungsarbeit”, en B. Rauschenbach (ed.), *Erinnern, Wiederholen, Durcharbeiten. Zur Psychoanalyse deutscher Wenden*, Berlin: Aufbau, 27-56.
- RUMPF, Mechthild (1989): *Spuren des Mütterlichen. Die widersprüchliche Bedeutung der Mutterrolle für die männliche Identitätsbildung in Kritischer Theorie und feministischer Wissenschaft*, Frankfurt/M./Hannover: Materialis.
- RUMPF, Mechthild (1990): “‘Mystische Aura’. Die Bedeutung des ‘Mütterlichen’ in Max Horkheimers Schriften”, en: Hamburger Institut für Sozialforschung (ed.), *Diskussionspapier 4/90*.
- RUMPF, Mechthild (1994): “Ein Erbe der Aufklärung. Imaginationen des ‘Mütterlichen’ in Max Horkheimers Schriften”, en H. Nagl-Docekal, y C. Klinger (eds.), *Re-Reading the Philosophical Canon: Feminist Critique in Germany*, Pennsylvania: Pennsylvania State University Press.
- RÜSEN, Jörn (1993): “‘Moderne’ und ‘Postmoderne’ als Gesichtspunkte einer Geschichte der modernen Geschichtswissenschaft”, en W. Küttler, J. Rösen y E. Schulin (eds.), *Geschichtsdiskurs*, Bd. 1, Frankfurt/M.: Fischer, 17-30.
- SCHEICH, Elvira (1993): *Naturbeherrschung und Weiblichkeit*, Pfaffenweiler: Centaurus.
- SIEMS, Andreas Karsten (ed.) (1988): *Sexualität und Erotik in der Antike*, Darmstadt.
- SCHWEPPENHÄUSER, Gerhard (1993): *Ethik nach Auschwitz. Adornos negative Moralphilosophie*, Hamburg: Argument.
- STEPHAN, Inge/SCHILLING, Sabine/WEIGEL, Sigrid (eds.) (1994): *Jüdische Kultur und Weiblichkeit in der Moderne*, Köln/Weimar/Wien: Böhlau.
- SCHULTZ, Irmgard (1992): “Julie & Juliette und die Nachtseite der Geschichte Europas. Naturwissen, Aufklärung und pathetische Projektion in der ‘Dialektik

der Aufklärung' von Adorno und Horkheimer", en: Ch. Kulke y E. Scheich (eds.), *Zwielicht der Vernunft*, Pfaffenweiler: Centaurus, 25-40.

THÜRMER-ROHR, Christina (1989): *Mittäterschaft und Entdeckungslust*, Berlin: Orlanda.

WOLDE, Anja (1995): "Geschlechterverhältnis und gesellschaftliche Transformationsprozesse", en R. Becker-Schmidt y G. A. Knapp, (eds.), *Das Geschlechterverhältnis als Gegenstand der Sozialwissenschaften*, Frankfurt/M.: Campus, 279-308.